

Cuadernos de la Fundación M.Botín

6

**OBSERVATORIO
DE ANALISIS DE
TENDENCIAS**

Jean-Jacques Glassner
Cezary Galewicz
Jean-Marc Chatelain
Pedro Cátedra
Javier Echeverría
Christian Jacob

De Alejandría a la
Biblioteca Virtual

Usos y abusos del escrito. Del libro plano al libro blando

Pedro Cátedra

En un aeropuerto del país más poderoso del mundo, en el que no ha mucho perdí un enlace gracias a la diligencia registradora de su personal de seguridad, entretenía la espera hojeando un periódico local, o mejor dicho *muy, pero que muy* local. Reparé en una sección religiosa y trabé conocimiento de un grupo cristiano científico que, entre otras cosas, se caracterizaba porque muchos de sus adeptos tenían la peregrina costumbre de portar en contacto con la piel de la zona del corazón un extraño amuleto: ni más ni menos que un pequeño DVD en el que se decía iban encriptados sus textos reglamentarios y algunos de la tradición cristiana. Este peculiar *detente* protector –el *Diccionario de la Academia* en su última edición en red define el sustantivo *detente* como un “recorte de tela con la imagen del Corazón de Jesús y la leyenda *Detente, bala*, que se usó en las guerras españolas de los siglos XIX y XX, prendido en la ropa sobre el pecho”; me recuerda también el director de mi departamento que era regalo de las madrinas de guerra, pero que aún estaba en uso en su adolescencia, supongo que para frenarle entonces *balas* bien distintas, más tentadoras que heridoras–; ese peculiar *detente* ‘cienciológico’, digo, me

hizo pensar en lo inevitable de la 'cosificación' de lo escrito, si se me permite el palabro, cualquiera que sea el soporte, o el contexto, cualesquiera que sean los tiempos y hasta incluso las funciones reales de los libros.

Y, a qué no decirlo, también me tranquilizó un tanto el hecho de que ya los soportes ultramodernos, los objetos de la "biblioteca electrónica sin muros", adquirieran la misma trascendente condición que había elevado a los tradicionales libros de la "biblioteca material" muy por cima de la única función de meros objetos útiles a la transmisión del texto.

110

La accesibilidad informática ha roto aparentemente con no pocas liturgias sociales de la lectura, cada vez menos necesitada de espacio –el común de las bibliotecas– y de movimiento –el necesario para encontrar los objetos bibliológicos en ese espacio o en las librerías–, como ha puesto de manifiesto Roger Chartier. Pero también parece haberse llevado por delante muchas de las formalidades hieráticas de la comunicación. (Lo sabemos bien los profesores universitarios, que vivimos en una especie de *chat* académico a golpe de mensajes electrónicos de personas nacidas ya en la era informática –este es el último que he recibido unos minutos antes de venir a aburrirles: "Hola, soy Patricia, alumna tuya [sic], ¿cuándo [sic] estarás [sic] en el despacho para hablar de la bibliografía [sic]?"). No conocía en ese momento a la que suponía pizpireta Patricia; y, por más que no me atreva a asegurar que las formalidades hieráticas sean siempre imprescindibles, los tímidos quizá las echemos de menos.

Estos 'beneficios' sociales de las nuevas tecnologías me parecieron, sin embargo, compensados al constatar en el

periódico de marras que también sus científicos soportes podían llegar a adquirir una condición taumatúrgica tan trascendente como la que a lo largo de la historia había dado otros sentidos, otras virtualidades, a los soportes tradicionales. Habría que llamar a éstos *libros no libros*, merced a funciones propias de un objeto destinado a no ser leído. Y este proceso se da gracias a una 'cosificación', que hemos de considerar ritual.

Es éste, precisamente, uno de los capítulos interesantes y no menor de la historia del escrito y de su uso. El *no libro* y la *no lectura* también deben caber en la moderna historia de la edición y de la lectura, como la que está arrostrando en Salamanca nuestro Instituto de Historia del Libro y de la Lectura. Es, sin duda, uno de los capítulos menos atendidos y su riqueza y complejidad es difícil ponderarlas en los apenas treinta minutos que no debo superar en este acto académico.

111

Y es que en la dilatada historia, hecha a golpes de innovaciones tecnológicas, que corre entre los *volumines* en papiro o pergamino y las pantallas de ordenador, o, por decirlo de otro modo, entre el libro plano y el libro blando; en esa dilatada historia, digo, la 'cosificación' trascendente o intrascendente del escrito es un fenómeno inherente al mismo escrito, hasta se diría que necesario en el proceso de dar funciones superiores que justifiquen una invención como la de la escritura, que los humanos se empeñaron siempre en hacerla arcano y atribuirla a sus dioses, concediéndose a ellos mismos con esta atribución una cierta divinidad, derivada del hecho de ser capaces de descryptarla o de descifrarla tras de un arduo esfuerzo.

Un *rhétor* tardío, por poner un ejemplo, recalca en el siglo IV el enorme esfuerzo que implicaba la lectura en la edad del *libro plano* y la superioridad social de quien poseía tal destreza. Y no deja de ser verdad, porque, hasta que en los siglos VII y VIII empieza a airearse la escritura, es decir a abrirse por medio de separaciones silábicas y de palabras individuales, sirviéndose de espacios gráficos y de signos de puntuación, de letras mayores y menores, o a agrupar en los casos necesarios los morfemas con estos mismos signos, los textos se copiaban sin separación de palabras ni de sílabas, la llamada *littera continua*, 'letra continuada', línea perpetua casi. Como ha señalado Paul Saenger, la lectura era un proceso complejo desde el punto de vista neurofisiológico, pues requería al menos para su comprensión del doble de 'sofrenadas' –*saccades*– que el que exige un texto aireado como el que manejamos hoy. La diferencia se ilustraría muy bien en términos informáticos: imaginemos la complicación de un programa para el reconocimiento de caracteres y corrección ortográfica ideado para textos en *littera continua*; su *thesaurus* sería enorme y enormemente complejo, por cuanto tendría que incorporar "sílabas correctas, división y combinaciones silábicas posibles, al tiempo que órdenes contextuales para controlar lo fonéticamente plausible pero incorrecto en el proceso real de división de términos". Una locura, como en ocasiones lo era el entrenamiento de los jóvenes lectores, que implicaba un desarrollo de las partes especializadas del cerebelo. Lo arcano de la lectura y de la escritura, como hoy en la era informática, venía a ser algo perfectamente razonable también desde una perspectiva científica.

Pero, por ende, en el ámbito de un pensamiento mágico, se podía tener otra percepción. De ahí la divinización del

hecho de poseer las habilidades de la escritura y de la lectura en culturas antiguas; de ahí el prestigio de determinadas castas en virtud de la posesión de una técnica y de la lengua, como la de los escribas egipcios, los mandarines chinos o los sacerdotes de algunas culturas desarrolladas de América del Sur.

Si, como nos enseñó Mallarmé, "le monde est fait pour aboutir à un beau livre" (El mundo está hecho para ser abocado en un hermoso libro), el libro, pues, cualquiera que fuera su forma, era de hecho un objeto abocado a representar todo ese mundo y a ser venerable por ello, se leyera o no; a ser portador no sólo de la sabiduría accesible a pocos, sino de otros beneficios directamente relacionados con lo psíquico, o lo fisiológico y corporal. Aunque Manguel, devenido ensayista de moda, haya presentado los devoradores de libros que aparecen en la Biblia, Ezequiel y San Juan, por ejemplo, sólo como una de las metáforas de la lectura, yace en realidad tras de esas representaciones algo más que una parábola, gracias a la sustantividad del libro como objeto trascendente con independencia de su comprensión. En tiempos del Discípulo amado, comerse un librito era algo al parecer placentero, desde luego no de tan graves consecuencias como, al lamerlo involuntariamente, sufrió el personaje de Eco en el *Nombre de la rosa*. Unamuno, como veremos en seguida, nos recordará cómo esta idea podía ser una realidad palpable en la España no sé si mágica de 1902.

113

Antes de recalar en sus palabras, recordaré algún hito de la 'cosificación' trascendente e intrascendente en la historia del libro. El abanico de variedades posibles es bien extenso.

Quizá el fenómeno de "construcción de la rareza" del libro, que empieza a partir de finales del siglo XVII, nos sitúe en el punto primario de la línea que tendrá su acmé en los mejores momentos del coleccionismo de los siglos XVIII y XIX. La 'cosificación' que me empeño en llamar intrascendente se muestra en los extremos y en un cierto intento de inutilizar la función básica del libro como objeto transmisor de texto. Está llegando ya al domicilio de los bibliófilos propaganda sobre multitud de volúmenes conmemorativos del centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Una de las ediciones se presenta como un *tour de force* en los anales del cervantismo, nada menos que la publicación en verdadera miniatura de la obra de Cervantes. Achicar un libro y dificultar o impedir su lectura es también un modo de sacralizarlo, como quien dice, de reconocerle una función ritual, cuasi litúrgica, y también en tiempos de Cervantes. Prestemos unos minutos a este ejemplo de 'cosificación', que nos abre también las puertas de lo trascendente en esta historia. Un conocido especialista británico en microformatos ha dado razones, convincentes en el siglo XX, para la producción y el coleccionismo de libros en miniatura: la facilidad para portar el volumen; la superación que implica un esfuerzo como el que requiere lo minúsculo y el consiguiente beneficio de perfeccionamiento para las artes del libro; o, desde el punto de vista antropológico, el ser un resultado del riesgo que implica la busca humana de los extremos. Fuera de ironías inglesas, que nos han de recordar las galdosianas de las primeras páginas de *Tristana* sobre la inanidad de lo menudo; fuera de ironías, a partir de los años veinte del siglo XIX, han menudeado algunas ediciones del *Quijote* con estas características, a la zaga del propio perfeccionamiento de la imprenta, invocando, por un lado, una suerte de modernidad

tecnológica y, por el otro, una obligación para con la más inmortal de las obras literarias. Como un tributo a Cervantes, verbigracia, consideraba Juan Sedó Peris-Mencheta esta edición impresa por él en 1945 con el solo objeto de poder ingresar en su excelente colección cervantina "la más diminuta de todas las que [pudo] reunir", aunque hay que decir la consideraba un "capricho de lesa bibliofilia".

Nada más lejos, quizá, de lo que el propio don Miguel hubiera pensado al verse así conmemorado, si nos situamos en la perspectiva no trivial de la 'cosificación' del libro, como veremos luego.

Ha habido prevenciones contra los libros minúsculos, debidas sobre todo a la pérdida de las razones rituales que justificaban su existencia. Esta pérdida empezó a producirse cuando lo *breve* devino para los hombres fundamentalmente un reto técnico o artístico y una *curiositas* de museo. Ocurría esto en la madurez del Manierismo y en los albores del Barroco, en tiempos además de repliegue hacia el interior y de virtuosismo miniaturista; en tiempos en los que lo *menor* del arte o de la naturaleza empezó a ser objeto de elogios paradójicos, como la perfectamente seria *Laus brevitatis* de Teófilo Raynaud, a la que algo debe nuestro Gracián; en tiempos en los que también las 'microescrituras' o los 'microlibros', ya objetos *pequeños y exquisitos*, eran materia para elogios tales y se podían ver alineados en las estanterías de los museos recién inventados con otras excentricidades coleccionables y representativas de la excepción o del poder de la naturaleza. Tal, por ejemplo, la singularidad que al lado de otras exhibía un noble madrileño y que mereció la concienzuda investigación de un reverendo jerónimo publi-

cada en 1675, con base teórica en el libro de Raynaud que acabo de citar, y con este título: *Singularidad histórica, la más peregrina y rara en su línea, una calaverita y cabeza de hombre tan pequeño (aún en la edad de 25 años) que no excedía su cuerpo al cuerpo de una perdiz.*

116

En esta evolución sesgada del aprecio al libro inútil hay que situar los alegatos modernos contra la 'cosificación' bibliográfica trivial. Sólo, que yo sepa, se ha tratado este asunto en una de las varias monografías que existen sobre la patología de la lectura, la de Johann von Sussman *Krankheiten des Lesers. Zur Psychopathologie der Lektüre* (Berlín, 1929). El libro, por demás raro, no pasó inadvertido en su tiempo, a juzgar por la polémica que suscitó entre los especialistas. Von Sussman escribía en uno de los mejores momentos del microformato bibliográfico en casi toda Europa, incluyendo los países comunistas, en donde se publicaban minúsculas e ilegibles ediciones del manifiesto, y adoptaba una perspectiva psicoanalítica para descalificar a los 'microbibliófilos', de los que viene a afirmar que son lo opuesto a lectores, puros bibliófobos, "que -dice- incapaces de la lectura y la comprensión, quisieran alambicar todos los libros en la alquitara [*Destillierkolben*] de la miniaturización [*Miniaturisierung*], para hacerlos intocables y rendirlos inútiles. ¿Qué complejo -añade- es el de quienes coleccionan o hacen libros para no ser leídos?".

"¿Existe un libro sin lector?", se pregunta Chartier. "Paul Ricoeur ha señalado con frecuencia el hecho de que un mundo de textos que no tiene un mundo de lectores que se apodere, que se apropie de él, no es más que un mundo de textos posibles, inertes, sin existencia verdadera". Pero, colo-

cándonos ahora en la perspectiva de la historia del libro en que andamos aquí, estoy totalmente seguro de que, al menos por una vez, se equivoca Ricoeur y Cervantes hubiera pensado lo mismo que el bueno del berlinés psicoanalista. Pero en sentido bien contrario.

En su tiempo, y él lo sabía bien, escribir, como ha señalado Fernando Bouza, "podía no tener nada que ver con leer". Faltaban todavía años para la consagración museística de lo pequeño en el sentido del citado Raynaud; faltaban años también para la proliferación del gabinete de curiosidades naturales y los libros con ellas relacionados. A nadie extrañaba la existencia de minúsculos volúmenes que apenas han alcanzado estos tiempos, pero que debían ser muy numerosos por toda Europa, y que, aunque tuvieran letras, no se leían.

117

Un serio científico escolástico, consagrado en La Sorbona e hijo de estas aulas, Pedro Ciruelo, se refiere en su *Reprobación de supersticiones y hechicerías* (1538) a la extendida creencia en y uso de nóminas o librillos, que —advierte— "no se ha[n] de abrir ni leer, porque luego pierde[n] la virtud y no aprovecha[n]". Ésta es la 'cosificación' a la que he llamado trascendente, transcendencia que viene del hecho de la reconocida función religiosa, talismánica, mágica o protectora de la escritura, de la que empecé hablando.

Entre los más sorprendentes hallazgos bibliográficos recientes están los libritos impresos de oraciones, como la versión portuguesa de la *Oração de la Emparedada*, prohibida por la Inquisición y que se nos ha conservado gracias a su emparedamiento con otros libros sospechosos, como el *Lazarillo de Tormes*, en una casa de Barcarrota desde el siglo XVI

hasta hace pocos años. La *Oración de san León* debía ser también popularísima; el infante don Miguel de la Paz († 1500), nieto de los Reyes Católicos, tenía "un librico chequito que tiene la oración de san León con unas coberturas de oro esmaltado de blanco [...] con una cadenica chequita de que se cuelga"; uno parecido, pero manuscrito sobre pergamino y bien encerrado en encuadernación de oro tenía Juana de Austria, hija de Carlos V; éste disponía, a su vez, de un famoso *Credo* en miniatura, recientemente rescatado para el patrimonio español. De las dos rarísimas ediciones que conocemos de esa *Oración de san León*, la más antigua impresa en Sevilla antes de 1520, cuya mancha mide 46 x 35 mm., está mal impuesta, es decir, con las planas desordenadas, ilegible, lo que importaba bien poco si convenimos en que su destino era meramente talismánico, como el DVD de los cristianos científicos.

118

Estas oraciones, salterios, libros del rosario mínimos, catecismos como el manuscrito de Pedro de Gante de la Biblioteca Nacional, hasta Reglas de san Benito en miniatura, eran arrimados al corazón practicando una magia de contacto. Rigurosamente coetáneos de Cervantes hay libros minúsculos que contienen el Evangelio de san Juan o la Pasión. Incluso, también hay liturgias para otras pasiones, como las de algún poemario amoroso pequeñísimo impreso y enjoyado por su autor para sola una dama.

Hombres y mujeres se sirvieron de estos libros, escritos e impresos, entre otras cosas, para no ser leídos. (Dicho sea entre paréntesis nos ahorra esta circunstancia el inquirir sobre la inevitable y ya cansina cuestión de la especialización 'genérica' de los libros: por lo menos los de microfor-

mato servían tanto a un barbado rufián, puesto en el brete de defender su cuerpo en un duelo arrimándose al corazón el minúsculo impreso del *Símbolo Quicumque vult* o a una dama remilgada en las fatigas de traer un hijo al mundo).

Modernamente, es difícil encajar desde una perspectiva generosa esta realidad, perdida ya su condición trascendente al convertirse en una concesión para con raros biblioclastas, como veíamos, o 'idiotas' seguidores de la tradición, como percibimos unas líneas de don Miguel de Unamuno. El viejo rector de Salamanca no solía tener la virtud de distanciar los contextos con una sonrisa, y, escribiendo en 1902 el prólogo a la *Educación* de Bunge, se indignaba: "La profunda ignorancia que en asuntos religiosos nos aqueja es la causa capital de los más de los males [...] que lamentan y combaten los que a la enseñanza de la religión se oponen [...]. No conozco desatino más grande que eso de que la religión debe quedar al cuidado de las madres, que son precisamente las que más la ignoran y las que más la deforman y desreligionalizan. Una vez más, y no será la última, tengo que repetir lo vergonzoso y degradante que resulta el que en un país que se dice cristiano no haya leído el Evangelio la inmensa mayoría de los hombres que por cultos se tienen, y que en cambio se cuelguen del cuello de los niños, a modo de amuleto, trocitos del Evangelio, en latín, metidos dentro de unas bolsitas cosidas y adornadas con lentejuelas, y que se traguen las parturientas una cintita de papel hecha un rollo conteniendo una jaculatoria y otras formas del más bajo y anticristiano fetichismo". Hasta aquí don Miguel.

Gracias a Dios, los tiempos modernos nos devuelven la 'cosificación' trascendente, o, cuando menos, a mí me traen una

cierta esperanza en la humanización de las nuevas tecnologías: quizá consigamos que nos hagan menos solitarios de lo que ciertos teóricos poco optimistas predicen.

Hoy, por agotar el ejemplo cervantino, nosotros podemos rendir de verdad al *Quijote* no el dudoso honor de enanizarlo, sino el de convertirlo en un objeto protector. Es de nuestra parte un buen regalo de Centenario a quien, devorador de papeles, nos legó el mayor alegato paradójico en favor de la lectura, quizá porque también vivía y aceptaba con normalidad el poder de la letra sin lectura, de los *libros no libros*, de los textos que protegían su fuerza no humana con el embozo de la pequeñez o la ilegibilidad.

120

Aceptemos la benéfica virtualidad de la ley mágica del contacto; pongamos en nuestro corazón o sobre nuestra cabeza esa joya y, si no nos libramos de tempestades, rayos y cuchilladas, o alcanzamos a tener buenos partos, nos libremos del engorroso ejercicio de la lectura y de la lección académica.

Callo, pues.